



EL
CASANOVA

MILES HIGH CLUB

TL SWAN

CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



El casanova

T L Swan

Miles High Club 3

Traducción de Eva García Salcedo



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Agradecimientos
Sobre la autora

Página de créditos

El casanova

V.1: Marzo, 2022

Título original: *The Casanova*

© T L Swan, 2021

© de esta traducción, Eva García Salcedo, 2022

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2022

Todos los derechos reservados.

Esta edición se ha hecho posible mediante un acuerdo contractual con Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

Diseño de cubierta: Plum5 Limited

Corrección: Carmen Romero

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-71-4

THEMA: FRD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

El casanova

«¿Es posible que el hombre al que odio sea de quien me estoy enamorando?»

Mi *hobby* favorito es irritar a mi jefe, Elliot Miles. Tiene fama de ser un casanova, pero yo no lo trago. Edgar, en cambio, a quien he conocido en una *app* de citas, no es mi tipo, pero, poco a poco, nuestra amistad da paso a algo más. Y, al mismo tiempo, algo cambia en Elliot, quien parece conocer secretos que solo sabe Edgar. ¿Ha estado leyendo mis correos? ¿O acaso es posible que Edgar no sea quien dice ser?

Vuelve la autora de la serie *Miles High Club*, best seller del *Wall Street Journal*

«Kate y Elliot me han cautivado por completo. T L Swan ha escrito una novela redonda y excelente.»

Harlequin Junkie

Gratitud

La cualidad de ser agradecido; predisposición para demostrar agradecimiento y corresponder la amabilidad de otros.

*Quisiera dedicar este libro al alfabeto,
pues sus veintiséis letras me han cambiado la vida.
Me encontré a mí misma en esas veintiséis letras,
y ahora estoy viviendo mi sueño.
La próxima vez que digáis el alfabeto,
recordad su poder.
Yo lo hago todos los días.*

Prólogo

Elliot

Observo cómo descienden los números que hay sobre la puerta a medida que bajo de planta. Me vibra el móvil en el bolsillo y lo saco. Es un mensaje de Christopher.

*¡Cuidado!
La bruja te busca.*

Mierda.

Vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo y exhalo con intensidad. Hoy no me apetece aguantarla. Las puertas del ascensor se abren y la veo de soslayo al salir. Finjo que no me he percatado de su presencia y me dirijo al despacho de Courtney, mi asistente personal, que está a la izquierda.

—Señor Miles —me llama desde atrás.

Sigo caminando.

—Ejem —carraspea—. Señor Miles, deje de ignorarme.

Noto que me sube la temperatura.

Se me dilatan las aletas de la nariz y me vuelvo hacia ella. Ahí está: la empleada más exasperante sobre la faz de la Tierra.

Inteligente, mandona, arrogante y más pesada que una vaca en brazos.

Kathryn Landon, mi archienemiga.

La malvada bruja del oeste en persona.

Un apodo que le va como anillo al dedo.

Finjo una sonrisa y digo:

—Buenos días, Kathryn.

—¿Podemos hablar?

—Es lunes y son las nueve de la mañana —respondo—. No es momento de... —Hago unas comillas con los dedos antes de añadir—: hablar.

Estoy convencido de que se pasa los fines de semana planeando cómo joderme los lunes.

—Tendrá que hacerme un hueco —me suelta.

Me paso la lengua por los dientes. La tía sabe que me tiene cogido por los huevos. Como buena friqui de los ordenadores, ha diseñado el nuevo *software* de la empresa y sabe que es imprescindible. Joder, es que me tiene amargado.

Se dirige a su despacho a buen paso y abre la puerta a toda prisa.

—Seré breve.

—Cómo no. —Sonrío falsamente mientras me imagino estampándole la cabeza contra la puerta.

Se sienta a su mesa y me dice:

—Tome asiento.

—No, estoy bien de pie. ¿No ibas a ser breve? —Kathryn alza una ceja y yo la fulmino con la mirada—. ¿Qué ocurre?

—Me he enterado de que este año no voy a tener cuatro becarios. ¿Por qué?

—No te hagas la tonta, Kathryn. Conoces de sobra el motivo.

—¿Por qué le ha ofrecido las becas a empleados que trabajan en el extranjero?

—Porque es mi empresa.

—No me parece una buena respuesta.

La sangre me bombea en los oídos mientras alzo el mentón a más no poder. Nadie logra sacarme de mis casillas como esta mujer.

—Señorita Landon, no tengo por qué justificar ante ti mis decisiones como director de Miles Media. Rindo cuentas a los miembros de la junta y solo a ellos. Sin embargo, me interesa conocer tus intenciones.

Kathryn entorna los ojos y pregunta:

—¿A qué se refiere?

—Bueno, si tan descontenta estás, ¿por qué no te vas?

—¿Cómo dice?

—Hay muchísimas empresas en las que podrías trabajar y no solo te niegas a irte, sino que te pasas el día quejándote por cualquier tontería y, francamente, ya cansa.

—¡Cómo se atreve!

—Creo que deberías recordar que nadie es imprescindible, así que estaré más que encantado de aceptar tu dimisión cuando quieras. Hasta te daré el finiquito.

Pone los brazos en jarras y dice:

—Quiero que redacte un informe explicando por qué no habrá becarios en la sucursal de Londres. La excusa que me ha puesto no me vale. Pienso presentar la consulta a la junta.

Cómo no. Me hierve la sangre.

—Y no me ponga los ojos en blanco —exclama, indignada.

—Kathryn, van a tener que hacerme un trasplante de retina por todas las veces que me haces poner los ojos en blanco.

—Ya somos dos.

Nos miramos con furia. Dudo que haya odiado tanto a alguien en toda mi vida.

Llaman a la puerta.

—Adelante —grita.

Como esperaba, Christopher entra. Siempre interrumpe mis reuniones con Kathryn segundos antes de que explote sin remedio.

—¿Tienes un momento, Elliot? —pregunta. Sonríe a Kathryn y le dice—: Buenos días.

—No hemos acabado, Christopher. Tendrás que esperar —le suelta.

—Hemos acabado —aseguro mientras me pongo en pie—. Si tienes cualquier otra queja, que seguro que sí, puedes remitirla a Recursos Humanos.

—No voy a hacer eso —espeta—. Usted es el director ejecutivo, así que si tengo algún problema se lo remitiré a usted. Deje de hacerme perder el tiempo, señor Miles. Estaré más que encantada de informar a la junta de que usted es un incompetente. Bien lo sabe Dios. Quiero esos puestos de becarios para la oficina de Londres lo antes posible.

—Paso.

Revuelve los papeles que tiene encima de la mesa y dice:

—Nos vemos de aquí a dos martes.

El día de la reunión con la junta.

La fulmino con la mirada mientras la sangre me zumba en los oídos.

Zorra asquerosa.

—Eeh..., Elliot —insiste Christopher—. Tenemos que irnos.

Tenso la mandíbula mientras miro a Kathryn con odio.

—¿Qué quieres a cambio de dimitir?

—Váyase a paseo.

—No pienso permitir que sigas acribillándome con tus quejas insignificantes cada vez que entro en mi despacho —bramo.

—Pues deje de tomar decisiones estúpidas.

Nos miramos fijamente.

—Adiós, señor Miles. Cierre la puerta al salir —dice con una sonrisa afable—. Nos vemos en la junta.

Inspiro con brusquedad en un intento por mantener la calma.

—Elliot —me apremia Christopher de nuevo—. Por aquí.

Salgo del despacho de Kathryn echando humo y me voy directo al ascensor. Christopher, que me pisa los talones, entra justo después de mí y las puertas se cierran.

—¡Cómo la odio, joder! —susurro con rabia.

—Si te sirve de algo —dice Christopher sonriendo con suficiencia—, ella te odia más.

Me aflojo el nudo de la corbata de un tirón brusco.

—¿Es muy pronto para un *whisky*? —pregunto.

Christopher mira el reloj y dice:

—Son las nueve y cuarto de la mañana.

Respiro hondo para tranquilizarme.

—¡Qué más da!

Capítulo 1

Kate

Guardo el almuerzo en el bolso y busco las llaves.

—Me voy —aviso a Rebecca.

Beck se asoma a la puerta del baño envuelta en una toalla blanca y con otra en la cabeza.

—Intenta no volver tarde a casa. No quiero que Daniel se sienta incómodo cuando venga.

—Vale.

—Lo digo en serio. Quiero que se sienta a gusto. Y lo ideal sería que estuviéramos las dos para ayudarlo a instalarse.

Pongo los ojos en blanco mientras sigo buscando las llaves. ¿Dónde las habré dejado?

—¿Qué te hace pensar que querrá que lo ayudemos a instalarse?

—Solo digo que estaría bien que se llevara una buena impresión.

—Vale, entendido. —Veo las llaves en el cestito de la mesita.

—Iré a por los uniformes de *netball* a la hora del almuerzo —dice.

Sonríó con satisfacción. Que Dios nos ayude. Esta semana empezamos a jugar al *netball* de interior. El primer deporte de competición al que me apunto desde el instituto.

—Me muero de ganas —le digo—. Espero que vengan con desfibriladores. Estoy en tan baja forma que a lo mejor me da un infarto y todo.

Rebecca se ríe mientras se quita la toalla de la cabeza.

—Hay un gimnasio en tu oficina. ¿Por qué no lo usas?

Me dirijo a la puerta mientras contesto:

—Ya sé que debería dejar de ser tan vaga.

—¿Crees que debería cocinar algo para Daniel esta noche? —pregunta.

Hago una mueca y digo:

—¿Por qué te estás esforzando tanto para caerle bien al tío este?

—No me estoy esforzando.

—¿Te mola o qué? —Abro los ojos como platos—. No te tomaste tantas molestias con nuestra última compañera de piso.

—Hombre, es que esa era un suplicio. Además, Daniel se acaba de mudar, ha llegado hoy y no conoce a nadie. Me da penita.

—Es estilista. Seguro que ya tiene un montón de amigos esnobs con los que salir por ahí —mascullo en tono seco.

—De eso nada. Se ha graduado en diseño de moda y se ha mudado a Londres porque quiere convertirse en estilista. Es muy diferente.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Nos vemos esta noche.

Bajo los tres pisos por las escaleras para plantarme en la calle rumbo a la estación de metro. Solo son tres paradas hasta Central Line, pero aun así está demasiado lejos como para ir andando.

Espero en el andén y el metro llega puntual. Me subo y tomo asiento.

He llegado a la conclusión de que los veinte minutos de trayecto son los más raros del día. Es como viajar en el tiempo. Me siento, miro a mi alrededor y, al instante, como por arte de magia, ya he llegado. Debo de quedarme catatónica o algo porque no sé ni en lo que pienso durante el viaje ni cómo pasa el tiempo tan rápido. Lo único que sé es que cada día me paso veinte minutos pensando en cosas que luego no recuerdo.

Salgo del metro y me dirijo a la oficina. Trabajo en el centro de Londres. Hay una cafetería frente a la sede de Miles Media. Está concurrida y la gente entra y sale constantemente antes de ir a trabajar.

—Eh, preciosa —me saluda Mike.

—Hola. —Sonrío alegremente. Mike es el camarero del local. Además, lleva unos años coladito por mí. Es dulce y mono, pero, por desgracia, no siento el más mínimo cosquilleo cuando me habla.

Es una mierda, porque es un tío genial. Estoy segurísima de que nadie encajaría conmigo mejor que Mike. Ojalá pudiera decidir por quién me siento atraída, eso me facilitaría muchísimo la vida.

—¿Lo de siempre? —pregunta Mike.

Me siento junto a la ventana y le digo:

—Sí, por favor. —Miro a mi alrededor.

Mike me prepara el café y me lo sirve.

—¿Qué te cuentas? —inquire.

—No mucho. —Cojo la taza y el humo se eleva hasta el techo mientras soplo—. Estoy pensando en apuntarme al gimnasio de la oficina.

—¡No me digas! —Mike echa un vistazo al edificio de la calle de enfrente—. ¿Tenéis gimnasio?

—Es enorme, está en la planta catorce.

—Como para no saberlo. ¿Y hay que pagar?

—No, para los empleados es gratis. —Doy un sorbo al café.

Mike se ríe entre dientes mientras finge que limpia la mesa contigua a la mía.

—Si quieres te acompaño —se ofrece guiñándome el ojo con encanto.

—Lo siento, solo es para empleados. Y no puedo permitirme ir a otro gimnasio.

Mike pone los ojos en blanco.

Mike y yo observamos a un Bentley negro que se detiene ante la sede de Miles Media. El chófer baja del vehículo y abre la puerta de atrás, por la que sale Elliot Miles. Como si de un espectáculo matutino se tratara, e igual que cada día, miro de arriba abajo al hombre que tanto desprecio. Hoy lleva un traje de raya diplomática azul marino con una camisa blanca al que le sienta como un guante su pelo oscuro y rizado de recién follado. Se abrocha la chaqueta con una mano y coge el maletín con la otra. Va más tieso que un palo y camina con actitud dominante.

La arrogancia personificada.

Doy sorbos al café mientras lo observo. Me revienta que sea tan guapo.

Me revienta que las mujeres frenen en seco y lo miren embobadas cuando entra en una sala. Pero lo que más me revienta es que sea consciente del efecto que provoca.

Aunque no lo reconocería jamás, leo la prensa sensacionalista y las revistas del corazón para ver las fiestas exóticas a las que va y los bellezones con los que sale.

Sé más de Elliot Miles de lo que me gusta admitir.

También es normal: llevo odiándolo desde que empecé a trabajar para él hace siete años.

Le dice algo a su chófer con una sonrisa y todos se vuelven a ver cómo entra en la sede de Miles Media. Noto que me estoy cabreando.

Elliot Miles, el paradigma del capullo ricachón... me toca las narices.

* * *

Son las tres de la tarde cuando me llega un correo.

Lo abro.

Kathryn, ¿has acabado ya el informe de seguimiento?

Elliot Miles.

Director ejecutivo de Miles Media RU

Imbécil.

Tenso la mandíbula y contesto.

Estimado señor Miles:

Buenas tardes. Siempre es un placer recibir noticias tuyas.

Sus modales son tan impecables como de costumbre.

Le enviaré el informe el martes que viene, que es la fecha estipulada.

Quizá si dispusiera de personal suficiente me sería posible cumplir con su disparatado calendario.

Que disfrute del resto del día.

Atentamente,

Kathryn

Sonrío con suficiencia y le doy a «enviar». Hablarle a Elliot Miles como una zorra sarcástica es mi pasatiempo favorito. Su respuesta no se hace esperar.

Buenas tardes, Kathryn:

Como siempre, me sobra tu teatro.

No te he preguntado cuándo me mandarás el informe, sino si ya lo habías acabado.

Fíjate más en los detalles, no quiero repetir las cosas continuamente.

¿Has terminado el informe o no?

Tomo aire con brusquedad. ¡La madre que lo parió! Me pone de los nervios. Contesto con tanto ímpetu que no sé cómo no me rompo un dedo al escribir.

Señor Miles:

Por supuesto que lo he terminado. Como siempre, estoy preparada para sus cambios de fechas de entrega y plazos.

Por suerte, uno de los dos es profesional.

Le adjunto el informe.

Si le cuesta entenderlo, estaré encantada de hacerle un hueco en mi apretada agenda para explicárselo antes de la reunión con los miembros de la junta.

Sonrío con superioridad mientras tecleo. Se va a poner hecho una furia cuando lo lea.

Que pase una buena tarde. Un placer hablar con usted.

Kathryn Landon

Doy un sorbo al té, orgullosa de mí misma. ¡Chúpate esa!

Me llega un mensaje a la bandeja de entrada. Lo abro.

Señorita Landon:

Gracias.

Tenga cuidado esta tarde al volver a casa. No se ponga delante de un autobús ni nada por el estilo.

Sonrío para mis adentros. Será mamón. Más quisieras.

* * *

Veo a Rebecca andar de un lado para otro de la casa como pollo sin cabeza. Daniel llegará en cualquier momento. Madre mía, está frenética.

—No te quedes ahí parada —exclama.

—¿Qué quieres que haga? —Miro a mi alrededor; está todo como una patena—. No queda nada por limpiar. ¿Qué te pasa con el tío este? Estás empeñada en impresionarlo. No me digas que es porque es guapo.

—No digas tonterías —me suelta—. Tengo novio, ¿recuerdas?

—Perfectamente. ¿Y tú?

—Calla, anda —replica, ofendida.

Llaman al timbre y nos miramos a los ojos.

—Es él —susurra.

—Pues venga. —Señalo la puerta principal—. Ábrele.

Rebecca se dirige a la puerta casi corriendo y la abre a toda prisa.

—Hola —dice mi amiga con una sonrisa.

Me cuesta una barbaridad no poner los ojos en blanco.

—Hola. —Sonríe mientras mira primero a una y luego a la otra. Lleva dos maletas, es alto, rubio y reconozco que bastante guapo. No recordaba que fuera tan atractivo cuando vino a conocernos. No me extraña que Beck se esté rompiendo los cuernos para impresionarlo.

—Trae, ya las llevo yo —me ofrezco.

Beck se asoma a la calle y dice:

—¿Tienes más maletas? ¿Quieres que te ayudemos?

—Gracias. Tengo otras dos en el coche. Ya las traigo yo.

—¿Te acuerdas de Kate? —le pregunta Rebecca, señalándome.

Daniel me mira y dice:

—Claro. Me alegro de volver a verte, Kate.

Esbozo una sonrisa incómoda. Socializar siempre me resulta muy violento. Hasta que no cojo confianza no soy nada simpática. No lo hago a propósito, obviamente. Ser tímida es una cruz.

—Este es tu cuarto —dice Rebecca a modo de guía turística mientras le enseña el dormitorio—. Y este es el mío. El de Kate está arriba. Ven, que te lo enseñe.

Los acompaño mientras Rebecca le enseña la casa. Miro a Daniel de arriba abajo: pantalones negros, jersey de punto de color negro, zapatos de vestir y cazadora verde oliva. Son prendas caras y modernas. ¡Pues sí que parece estilista!

—¿Cuándo empiezas a trabajar? —pregunto para darle conversación.

—Tengo cuatro clientes la semana que viene y más me vale conseguir unos cincuenta más cuanto antes —dice.

Sonrío.

—No, en serio, la semana que viene empiezo como *personal shopper* en Harrods.

Por Dios, qué trabajo más horrible. Me horroriza ir de compras. Como no sé qué decir y estoy incómoda, me encojo de hombros.

—Nunca he conocido a un *personal shopper*.

Daniel sonrío y dice:

—No hay muchos.

Cojo una maleta y le echo un vistazo: Louis Vuitton. Jesús... Valdrá más que mi coche. Daniel baja los escalones que llevan a la calle y me asomo a la puerta. Tiene un Audi negro último modelo. ¿Por qué narices comparte piso con dos personas si está forrado?

¿No preferiría vivir solo?

Porque yo sí.

Saca otras dos maletas del coche que también están tapizadas con un cuero negro magnífico. Las miro con recelo mientras vuelve a subir las escaleras. Ojalá tuviera tan buen gusto; yo no sabría qué comprar ni teniendo su dinero.

Daniel lleva las maletas a su cuarto y nos mira a Rebecca y a mí con los brazos en jarras.

—Decidme que saldremos de marcha esta noche. Nada como unas copas para conocernos mejor.

A Rebecca por poco se le salen los ojos de las órbitas de la emoción.

—¡Qué buena idea! —Me mira y me dice—: ¿A que sí, Kate?

Pues no.

Finjo una sonrisa y digo:

—Ya ves.

—¿Vamos? —pregunta Daniel.

—¿Ahora? —Frunzo el ceño—. ¿No prefieres deshacer las maletas primero?

—No, no pasa nada. Seguirán ahí mañana y no tengo nada que hacer hasta la semana que viene, así que me

entretendré con eso.

* * *

Una hora después, estamos sentados a la barra de un restaurante, vino en mano.

—¿Y bien? —Daniel mira primero a una y después a la otra—. Habladme de vosotras. ¿Estáis solteras? ¿Salís con alguien?

—Verás —dice Rebecca con una sonrisa—, yo tengo novio. Brett. Y Kathryn está intentando ganar puntos para meterse a monja.

Río.

—Eso es mentira. Es que soy muy exigente.

Daniel me guiña el ojo con encanto.

—No tiene nada de malo. Yo también soy bastante exigente, la verdad.

—¿Y tú qué? —inquiere Rebecca.

—Pues... —Daniel hace una pausa para buscar las palabras adecuadas—. Soy... —Hace otra pausa.

—¿Gay? —pregunto.

Daniel se echa a reír.

—Me gustan demasiado las mujeres como para considerarme gay del todo.

—Entonces... —Rebecca pone cara de esforzarse mucho por encontrarle sentido a esa afirmación.

—¿Eres bisexual?

Daniel se retuerce los labios como si cavilara.

—No me definiría como bisexual. Normalmente me atraen las mujeres, pero hace poco... —Deja la frase a medias.

—¿Qué? —pregunto, intrigada.

—Hace unos años salí de fiesta por Ibiza con unos tíos a los que no conocía mucho. Uno era gay.

—¿Cuántos erais? —pregunto.

—Cuatro.

—Entonces tres erais hetero.

Daniel asiente con la cabeza.

—Quizá fuera el calor, el alcohol o la cocaína, no lo sé, pero una cosa llevó a la otra, nos fuimos calentando y estuvimos todo el finde dale que te pego. Y ahora tengo una especie de fetiche secreto por los hombres.

Rebecca sonrío a Daniel embelesada, como si fuera la mejor anécdota que le han contado jamás. Casi me parece oírle atar cabos en su cabeza y reparar en lo liberal que debe de ser.

Doy un sorbo a mi copa, tan maravillada como ella con la historia.

—¿Cómo es practicar sexo con alguien que no se corresponde con tus inclinaciones naturales?

—Está guay, tiene su morbillo —contesta Daniel, encogiéndose de hombros—. Así lo siento yo. Me da la sensación de que me estoy portando mal y que debería parar, pero al mismo tiempo me parece muy natural. No sé durante cuánto tiempo seguiré sintiéndome así; quizá no dure eternamente o se me pase pronto. Pero cuando me acuesto con hombres, no me arrepiento. No considero que sea algo malo, si es a lo que te refieres.

—¿Con cuántos...? —empieza Rebecca, que no acaba de formular la pregunta.

—No pasa nada, di —la anima Daniel.

—¿Con cuántos has estado?

Daniel entorna los ojos mientras medita la respuesta.

—Pueees... diría que con más de diez, pero menos de veinte.

—¡La leche! —Se me alzan las cejas solas.

—¿A qué viene esa cara? —inquiérese Daniel con una sonrisa.

—Has dicho que no te habías acostado con muchos. Si para ti esos son pocos, ¿cuántos son muchos? En fin, ¿con cuántas has estado?

Daniel se ríe.

—Me faltan dedos, lo siento. Gracias a mi profesión, me codeo con mucha gente preciosa y a veces la tentación es demasiado fuerte.

Me llevo un chasco horrible. Arrugo la servilleta y la tiro a la mesa con fastidio.

—Ojalá me pareciera más a ti. —Suspiro.

—¿En qué sentido?

—Ojalá fuera más liberal, más relajada y más... —Hago una pausa para buscar el término adecuado— libre, supongo.

A Daniel le cambia la cara.

—¿No te sientes libre?

Madre mía, ¿para qué habré dicho nada? Parece que me esté montando la película del siglo.

—Lo que digo es que me gustaría estar en tu piel y acostarme con quien me diera la gana por diversión.

—¿No follas por diversión? —pregunta Daniel frunciendo el ceño.

La conversación se me está yendo de las manos.

—Antes sí, pero con el paso de los años lo fui dejando.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta.

—Veintisiete. Tuve unos cuantos líos en el instituto y la universidad, y después una relación seria. Rompimos un año después de que murieran mis padres.

La cara de Daniel es un poema.

—¿Tus padres han muerto?

Doy un sorbo a mi bebida. ¿Cómo hemos acabado hablando de esto?

¿Para qué habré dicho nada?

—Tuvieron un accidente de coche. Un choque frontal — contesta Rebecca. Sabe que no soporto decirlo en voz alta.

Daniel me mira con gesto inquisitivo.

—Mi madre murió en el acto y mi padre de camino al hospital. Al conductor que chocó con ellos le estaba dando un infarto y se fue al carril contrario. —La melancolía se apodera de mí y noto una opresión en el pecho. Miro a Rebecca a los ojos, quien, con afecto, me sonrío con ternura y me da la mano por encima de la mesa. Acababa de irme a vivir con ella a una residencia cuando fallecieron. Ha sido mi pilar y una amiga excepcional, y me ha consolado en mis noches más amargas y solitarias.

—Lo siento mucho —susurra Daniel—. ¿Tienes más familia?

—Sí —digo con una sonrisa—. Tengo un hermano estupendo llamado Brad y una hermana que... —Dejo la frase a medias.

—¿Qué más? —quiere saber Daniel.

—Que es una zorra de cuidado —suelta Rebecca—. No entiendo cómo es posible que las dos tengan los mismos genes. No se parecen en nada. Son como el agua y el aceite.

Daniel sonrío con sorpresa y alterna la mirada de una a otra.

—¿Y eso? ¿Cómo es?

—Guapa —digo y bebo.

—Engreída y mezquina —interviene Rebecca.

Sonrío con pesar.

—No es tan mala. Ha llevado la muerte de nuestros padres mucho peor que nosotros y cambió de la noche a la mañana. Brad y yo nos hemos apoyado el uno en el otro para salir adelante. En cambio, ella prefería estar sola. No ha pasado el duelo como nosotros.

—¿No os veis nunca? —pregunta Daniel.

—Sí que nos vemos —respondo—. Y casi siempre acabo mosqueada y alterada. Es como juntarte con una de esas personas que parecen chuparte la energía. Le gusta el dinero, la fama y presumir de bolsos de marca y novios guapísimos. Me da la impresión de que... —Hago una pausa para expresarme mejor— de que está sustituyendo el cariño de nuestros padres con bienes materiales.

—¿No te gustan las cosas de marca?

—Supongo. —Me encojo de hombros—. A todo el mundo le gustan las cosas bonitas, ¿no? Es solo que para mí no son tan importantes.

—Kate gestiona muy bien su dinero —interviene Rebecca.

—Eso es un eufemismo para decir que es agarrada. —Daniel se ríe y enseguida me mira—. ¿Eres agarrada, Kate?

—No soy agarrada.

—Anda que no —se burla Rebecca—. No se da ni un capricho y siempre está ahorrando para cuando lleguen las vacas flacas. Se pone los mismos diez conjuntos y se oculta tras esas gafas de culo de vaso.

—Las necesito para ver, Rebecca —le informo, ofendida—. No le veo la gracia a gastarse un dineral en ropa e ir hecha un pincel todo el rato.

—Trabajas en el centro de Londres con algunos de los buenorros más impresionantes de la capital y tú vas y te vistes como una monja. ¡Así no se van a fijar en ti!

Pongo los ojos en blanco, asqueada.

—Créeme, no tengo ningún compañero al que valga la pena impresionar.

Daniel se me queda mirando más tiempo del necesario y, con cara de pillo, choca su copa con la mía.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Creo que ya sé cuál será mi nuevo proyecto.

* * *

Cuatro horas y tres botellas de vino más tarde, mientras suena de fondo Stevie Nicks, Daniel dice, entre risas:

—Entonces ¿qué pongo?

Estamos en el sofá hablando de chorradas mientras le creamos un perfil a Daniel en una aplicación de ligoteo con mi ordenador. Al parecer, es una prioridad cuando te mudas a otra ciudad.

¿Quién lo iba a decir?

La pregunta es la siguiente:

¿Qué buscas?

—Buf, qué difícil. —Daniel toma aire con brusquedad esforzándose al máximo por pensar con claridad.

—Ay, ya sé, pon esto —dice Rebecca con la voz ronca típica de los borrachos—. Me dan igual tu género, tu altura o si tienes vello, pero, a poder ser, que estés como un queso.

—Vamos —digo, señalándolo con mi copa—, que te va todo.

—Básicamente —dice Daniel, mientras escribe algo—. Quitá «a poder ser».

Me recuesto entre risas. Todo me da vueltas.

—Me voy a la cama. —Suspiro—. Mañana trabajo.

—No tan deprisa —dice Daniel—. Vamos a crearte un perfil a ti también.

—No pienso meterme en una web de citas. Y, para que lo sepas —farfullo—, no hay ni un solo hombre en el mundo que sea capaz de deslumbrarme con su prosa. Además, estoy ebria.

—Va —insiste.

—Ahora no, no es el momento.